

EVOLUCION Y CRISIS DE LA SEXUALIDAD *

A la bona memòria del professor Pere Piu-lachs i Oliva, amic entranyable que ens deixà, per anar a la Casa del Pare, el dia 25 de març del 1976.

JOSEP M.^a CAÑADELL y CAMILO JOSE CELA

I Parte

LAS EDADES CRITICAS

Más allá de Marañón A los antípodas de Cela

por JOSEP M.^a CAÑADELL I VIDAL

(Miembro correspondiente nacional de la Real Academia
de Medicina de Barcelona)

La mujer, en un período de su transcurrir vital al que se ha dado por llamar la *edad crítica*, sufre molestias y trastornos de muy variable intensidad —desde mínima a espectacular y dramática—, según sean su constitución biológica, su equilibrio anímico y su situación social. Puede aquejar sofocaciones, cefalea, insomnio, taquicardia, algias erráticas, inestabilidad emocional y una variopinta sintomatología cuyo conjunto conocemos con el nombre de *climaterio femenino*.

En el ocaso de su actividad sexual, el hombre puede pasar también

por un período crítico, más impreciso, mucho menos conocido. Tanto es así, que si bien su primera descripción data de 1924 y se la debemos a Marañón, la existencia de un *climaterio viril* ha sido luego, sucesiva o alternativamente, discutida, afirmada e incluso negada y aún en la actualidad son muchos los médicos y muchos también los escritores profanos que quitan importancia o ignoran su compleja fenomenología somática, psíquica y social. Y ello no solamente en lo que atañe al climaterio del hombre, sino también al de la mujer.

* Sesión científica especial del día 27 - IV - 76.

Paradigma de esta actitud negativa a la existencia de una edad crítica es la que adopta mi buen amigo Camilo José Cela en su deliciosa novela «Mrs. Caldwell habla con su hijo». Con su venia transcribo dos párrafos del capítulo 196 de esta obra:

«Todo es muy simple, Eliacim, de una simplicidad que sobrecoge. Una mujer nace, crece, se casa, va de compras, tiene un hijo, engaña a su marido, se cuida aparentemente del hogar, pierde a su hijo, hace obras de caridad, se aburre y muere.

«Sí, Eliacim; todo es muy simple, todo es de una simplicidad que anodada. Un hombre nace, crece, aprende un oficio, se casa, procura ganar cada día más dinero, tiene un hijo, es engañado por su mujer (cosa que no le disgusta), va al club por las tardes, pierde a su hijo, cuenta portentosas mentiras de la guerra o de sus cacerías en el Tanganyka, se aburre y muere.»

Más allá de don Gregorio Marañón, que admitía que tanto hombres como mujeres podemos pasar por una edad crítica (si es que a tiempo llegamos), y a los antípodas de Cela, que no cree en ninguna, sostengo que no sólo existe la edad crítica, sino que el decurso de la vida, desde el nacer a la madurez y desde ésta a la involución y a la muerte, no es un avance rectilíneo —muy simple, como diría Mrs. Caldwell—,

sino que es la andadura por un camino sinuoso y lleno de peligros, con altos y bajos y obstáculos que unas veces nos hacen retroceder, otras nos detienen dejándonos plantados y sin posibilidades de seguir avanzando y otras nos impulsan a dar un salto quizá superior a lo que permiten nuestras fuerzas anímicas y corporales. Estos altos y bajos, retrocesos, avances y saltos significan cambios o crisis de nuestra situación vital; hablarles de algunas de estas crisis o cambios es el tema de esta conferencia.

EL DESARROLLO DE UN NUEVO SER Y SU EXPULSION DEL SENO MATERNO

El huevo o cigoto, resultante de la fusión de dos medias células o gametos, procedentes una del padre y otra de la madre, de unas milésimas de milímetro, siguiendo su ciclo vital, se transmuta en embrión, en feto y después, por un proceso de maduración progresiva en niño y en persona adulta. El aumento de tamaño a que equivale el peso del óvulo fecundado a recién nacido es de unos seis billones y medio, aproximadamente la misma relación que hay entre un pesquero de doce metros de eslora y todo el mar Mediterráneo. Sin embargo, el aumento de volumen que representa el paso de recién nacido a adulto es sólo de unas veinte veces. Así, por tanto, desde el punto de vista biológico, el período intrauterino es con mucho el más

largo de la vida, por dilatada que ésta fuera, lo cual explica las innumerables posibilidades de que el desarrollo se perturbe, tanto por su enorme complejidad, como por su extraordinaria duración. Las intoxicaciones, los medicamentos, las radiaciones, las alteraciones psíquicas, las carencias nutritivas y toda suerte de enfermedades del organismo materno conspiran contra el desarrollo y la salud del ser que se está gestando. No deja de sorprender al espíritu humano el que nazcan tantos niños normales.

Al término de los nueve meses del embarazo, la madre es incapaz de amadrigar por más tiempo al feto y el hijo debe desalojar sus entrañas. El parto representa un enorme traumatismo para el ser que viene al mundo, es un estrujamiento brutalmente intenso y prolongado. Debemos maravillarnos de que sean tan escasos los quebrantos en un trance tan apurado y nos horroriza pensar lo que sería de cualquiera de nosotros si tuviésemos que pasar por una situación análoga en cualquier otro momento de la vida. El que este prodigio se realice se debe a la elasticidad de los tejidos, a la inmunidad al shock traumático y, hasta cierto punto también, a la habilidad del tocólogo o de la comadrona.

Después del alumbramiento se produce un cambio brusco e intenso de las condiciones vitales del recién nacido. Durante su vida intrauterina, el organismo materno cubría

todas sus necesidades; de ahora en adelante deberá subvenir a sus requerimientos de oxígeno y sustancias nutritivas, deberá mantener su temperatura corporal y la homeostasis de su medio interno y poner en marcha todos los dispositivos para la eliminación de sus residuos metabólicos.

LA GESTACION EXTERNA

Al terminar la vida fetal no acaba el ciclo generacional del niño. En efecto, si la evolución generacional de un mamífero cualquiera termina con la posibilidad de su autonomía motora, en el hombre debería rematarse con la andadura. El potro, el corderillo o el elefante alcanzan la independencia locomotriz a las pocas horas de su nacimiento; el perro o el león llegan a esta fase después de un breve período de lactancia nidícola. El niño recién nacido, ser carencial y muy incompleto, no da sus primeros pasos vacilantes hasta que tiene doce o catorce meses y este período corresponde a una segunda gestación o *gestación externa*, según decía Gubern Salisachs, durante la cual, el niño, a la vez que sigue evolucionando y creciendo intensamente, necesita, al igual que en período de gestación interior, calor, seguridad, alimentos y contacto maternal íntimo. El regazo de la madre imita las mismas condiciones que sus entrañas durante un período muy superior a

los 270 días que precedieron al alumbramiento. Esta gestación externa es un tributo que paga el hombre al brusco ascenso de su promoción zoológica, es decir, el salto desde la espontaneidad instintiva a la libertad reflexiva. Es por ello que cualquier alteración en este período de un año largo de gestación externa puede influir enormemente tanto en el desarrollo corporal como en el proceso de la maduración psicológica del niño. Los pediatras nos aseguran de la gran importancia de la íntima unión madre-hijo para el desarrollo normal del niño; su fracaso puede conducir al llamado síndrome de «deprivation mother», de consecuencias graves y profundas en la futura evolución somática, sexual y psíquica del hijo.

LA APARICION DE LA SENSUALIDAD

Hacia la mitad del período de gestación externa aparece la *sensualidad instintiva*, cuyo desarrollo proseguirá durante la primera y la segunda infancia, según un orden cronológico predeterminado. Este desarrollo ocurre en forma de estadios o «fases zonales», cuya naturaleza y orden secuencial son bastante uniformes, si bien hay diferencias individuales en cuanto a su comienzo, intensidad y posible superposición de unas con otras. Sin embargo, un ambiente familiar inadecuado, una enfermedad prolongada o una situa-

ción de angustia constante pueden retrasar la transición de una a otra fase, distorsionar su orden natural o fijar permanentemente y para el resto de la vida el proceso evolutivo natural.

Los precursores de los diversos estadios se encuentran en la sensualidad difusa y prácticamente indiferenciada del lactante y en las sensaciones placenteras que obtiene por estímulos e impulsos cenestésicos y vegetativos a través de toda la superficie de su cuerpo. Los arrullos de la madre, las caricias, el calor del regazo, la saciedad y, algo más tarde, sus propios pataleos son las primeras sensaciones sensuales agradables del niño.

Pasan algunos meses y el placer sensual difuso tiende a concentrarse en algunas zonas, en especial las de transición entre la piel y las mucosas. Son las zonas erógenas primitivas, que, a medida que avanza el desarrollo, cambian, se desplazan y, en algunos momentos, se superponen.

La primera de tales zonas erógenas es la boca. En muchos niños, esta fase oral de la sensualidad predomina entre el cuarto y el décimo mes, pero sus vestigios perduran toda la vida. Comer y beber no sólo son estímulos placenteros por cuanto satisfacen una necesidad biológica, sino que el niño también disfruta con las sensaciones táctiles y de presión alrededor de los labios y en la lengua y obtiene un placer, independiente de la alimentación, con el

chupeteo de un dedo o de cualquier objeto idóneo.

Más tarde, durante el segundo año de vida, la zona bucal se desplaza por un predominio del interés sensual hacia los orificios de la región perineal y sus funciones. Esta fase anal de la sensualidad coincide con la educación de los hábitos defecatorios y se relaciona con la sensación de replección rectal y urinaria y la consiguiente distensión que produce su vaciamiento.

Hacia los dos años y medio, a veces más temprano, otras algo más tarde, la sensualidad se dirige a los órganos genitales. El niño descubre estas partes, las examina, las explora, con lo que a veces obtiene sensaciones vagamente voluptuosas. Poco tiempo después, comienza a comprender que es niño o niña y que otros niños y adultos son «él» o «ella». Normalmente, el descubrimiento de las diferencias sexuales lo obtiene por la percepción de las diferencias anatómicas y de la forma de vestir, jugar, corte del cabello o uso de pendientes, lo que muy a menudo crea sentimientos de indecisión, de curiosidad y de ansiedad.

Es frecuente que los niños a tan temprana edad se dediquen ocasionalmente a prácticas autoeróticas. Sin embargo, hay que reconocer que esta actividad es más inconstante, más pasajera y más fácil de corregir que el chupeteo del dedo, pero cabe también su exacerbación por errores educativos, por imprudencia, por excesiva tolerancia o a consecuencia

de inconfesables manipulaciones de otras personas.

Acompañando esta fase genital de la sensualidad, con un comienzo entre los cuatro y los seis años de edad, el niño pasa por uno de los períodos psicosexuales más turbulentos de su infancia. Su interés erótico se desvía desde el propio cuerpo hacia el de otras personas y el objetivo principal de este allo-erotismo suele ser el progenitor del sexo opuesto. En los niños, la exacerbación de este fenómeno conduce al complejo de Edipo. En las niñas esta situación, o complejo de Electra, parece ser menos conflictiva e intensa. Contra lo que viene diciéndose, yo creo que ambas situaciones no son un fenómeno biológico universal e ineludible; su aparición, intensidad, duración e importancia dependen casi exclusivamente del ambiente familiar, cultural y social en el que se desenvuelven el niño o la niña.

Los conflictos emocionales de este período de turbulencia suelen manifestarse en forma de celos hacia el progenitor de igual sexo y por sentimientos de culpabilidad y de miedo hacia las represalias por parte del supuesto rival. Hay momentos en que el niño puede odiar a su padre y la niña a su madre, pero, al mismo tiempo, sigue queriéndoles y sigue sintiendo la necesidad de su amor y de su protección, creándose así situaciones de angustiosa ambivalencia afectiva. En condiciones normales y favorables, el proble-

ma se resuelve espontáneamente en forma de lisis decreciente, más que como crisis brusca. El niño llega al conocimiento de que la madre es la esposa del padre y que él debe crecer y debe trabajar al igual que lo está haciendo su padre, cuya personalidad idealiza entonces en grado máximo. Sincrónicamente a esta evolución, todo el interés erótico del niño se apaga; se encuentra menos absorbido por su persona y más interesado en el aprendizaje de los valores sociales y en el desarrollo de sus nuevos sentimientos de deber, de disgusto, de pudor, que luego tanto le servirán para el control de sus impulsos sexuales. Este período de letargia sexual perdura por espacio de cuatro a seis años, pasados los cuales surge una nueva edad crítica, la de la pubertad.

LA ADOLESCENCIA Y LA MOCEDAD EN EL VARON

Hacia los trece años de edad, el hipotálamo comienza a mandar impulsos a la hipófisis para despertar su actividad gonadotrófica, hasta entonces dormida. Las gonadotrofinas hipofisarias estimulan el desarrollo y la actividad de las glándulas genitales y el niño inicia su transformación, a través de un período de prepubertad durante el cual su morfología infantil se viriliza progresivamente hasta adquirir los caracteres del varón adulto. Bajo la influencia de la testosterona, el incipiente muchacho experimenta un brote de

rápido crecimiento estatural, su tórax se ensancha, sus hombros se expanden, se desarrolla su sistema muscular y desaparecen los acúmulos de grasa de sus caderas y muslos. El crecimiento de la laringe produce el cambio del timbre de la voz. Comienza a brotarle pelo en el pubis y en las axilas y más tarde en las piernas, en la cara y en otras zonas corporales. Las glándulas sebáceas entran en un período de gran actividad y su secreción obstruye los conductos excretores provocando la aparición de espinillas, comedones y pápulas de acné. Sincrónicamente, los órganos sexuales aumentan de tamaño y comienza la espermiación.

El proceso de desarrollo continúa durante el largo período de la adolescencia que aboca, alrededor de los veinte años, en la mocedad, la cual no representa, ni mucho menos, la plena madurez, a la que se llega después de varios años de juventud.

Durante todo este período de adolescencia y mocedad, la testosterona hipersexualiza todo el organismo del muchacho. Despierta su dormido erotismo, aparecen erecciones espontáneas y como respuesta a pequeños estímulos y eyaculaciones durante el sueño. El muchacho pasa largas horas ensimismado, solitario, dejando divagar su fantasía. No sabe aún que el sexo significa relación con otra persona, se emboba consigo mismo y entra en un período narcicista, repleto de tensiones, de las que busca librarse en solitario con la ipsación.

Un paso más adelante en el angustioso y lento camino de la diferenciación y redescubre la dualidad sexual. Entonces, el muchacho puede pasar por una nueva crisis de tendencia homosexual, que generalmente sólo se expresa por amistades de alto tono efectivo, y que nunca o casi nunca llegan a genitalizarse.

Seguimos avanzando. El muchacho, que comienza a dejarlo de ser para convertirse en joven o mozo, descubre a las mujeres y entra en una nueva fase evolutiva, a la que, muy impropriamente, Oswald Schwarz llama la fase de la prostitución. Es posible entonces que el joven frecuente ciertas salas de fiesta, discotecas, bares o clubs, es posible también que en alguna ocasión acuda a los servicios de las profesionales del sexo, pero lo que más suele desear es salir con chicas, no tener una novia sino varias al mismo tiempo y, jactancioso y petulante, hace gala de sus conquistas y de las sesiones de «petting» en la última fila de un cine, en el banco de un parque solitario o en el interior del coche de su padre.

Todas estas fases evolutivas pueden pasar y vivirse como simples tentaciones y apetencias, pueden tener su realización práctica más o menos intensa y duradera o pueden fijarse en cualquier momento de la diferenciación sexual. De ser ello así, el joven puede serguir siendo, quizá toda la vida, un narcisista solitario, un homosexual o un don Juan, todos

ellos estadios indiferenciados de la evolución psicosexual.

Se dice que la juventud es la edad del amor; pero esta verdad sólo se refiere a los componentes imaginativos y sentimentales de la pasión amorosa, en modo alguno para el amor pleno, cuya aptitud sólo se alcanza en la madurez.

A pesar de hallarnos en tiempos posconciliares, en una época en la que ha habido una transformación enorme de nuestras formas de vida y un nuevo enfoque de la moral sexual, me atrevería a decir —siempre de acuerdo con Marañón— que la suprema virtud del hombre que está edificando su personalidad es la castidad, pero como soy sólo un médico y mi cobertura es, por desgracia, tan frágil como la de la mayoría de los mortales, me limito a proclamar la necesidad de que la juventud, si no casta, que sea, cuando menos, continente.

LA ADOLESCENCIA Y LA NUBILIDAD EN LA MUJER

Al igual que ocurre en los muchachos, pero con un par o tres de años de antelación, la hipófisis de la niña comienza a segregar gonadotrofinas que pondrán en marcha el proceso de desarrollo y actividad de los ovarios en su doble vertiente hormonal y germinativa. Ya hacia los ocho o nueve años, bajo la influencia de las hormonas sexuales, la pelvis de la niña comienza a en-

sancharse y la grasa tiende a depositarse en las caderas y en la parte alta de los muslos. Un años después suele comenzar la telarquía o desarrollo de los senos al mismo tiempo que aparece la pubarquía o sea el vello pubiano, todo ello acompañado de estirón estatural. Los genitales externos e internos se desarrollan también rápidamente y entre los doce y los trece años aparece la menarquía o primera menstruación. La niña ha pasado su período puberal para entrar en el de la adolescencia, durante el cual el desarrollo sexual continúa hasta los 18 ó 20 años, cuando se entra en la nubilidad.

Las primeras menstruaciones son irregulares, no son todavía «reglas» y no van precedidas de ovulación. Los ciclos anovulatorios de la adolescencia están destinados a la maduración del organismo femenino y a su preparación para la excelsa función maternal; la muchachita todavía no está preparada, debe pasar por un largo período de esterilidad fisiológica.

Durante la adolescencia, la muchacha que se convierte en mujer se hace progresivamente consciente del impulso sexual, que, sin embargo, frena y domina con mucha mayor eficacia que los muchachos. Existe en la muchacha una precocidad de la sensibilidad amorosa con respecto al varón, pero en un aspecto sentimental, romántico, incluso maternal, y sin relación con la libido. El despertar de deseo sexual de la muchacha es más bien tardío y pue-

de pasar también por las fases de narcisismo, autoerotismo y homosexualismo y a menudo cae también en el embobamiento voluptuoso del ensueño y de la fantasía, del que suele despertarle la crisis del primer amor.

EL ENAMORAMIENTO Y EL AMOR

Enamorarse no es lo mismo que amar; por de pronto, lo primero es pasivo y lo segundo activo. El *enamoramiento* es un ensueño o delirio al que acecha siempre el peligro del quijotismo, el de ver gigantes donde existen molinos de viento y el de descubrir una Dulcinea donde sólo hay una simple moza pueblerina. Uno se enamora quiera o no quiera, mientras que *amar* se sitúa dentro de la libertad del querer. Pero bajo el narcótico del enamoramiento se entra en el laberinto del noviazgo o (tiempos actuales) se cae en el pozo de los primeros «ligues» erótico-sentimentales y, en ambos casos, con sus ensueños, pero también con sus riesgos. Los que llegan al matrimonio únicamente enamorados, pero desprovistos de amor, lo cual ocurre con harta frecuencia, están orillando el abismo del fracaso más rotundo.

El querer que es la base del matrimonio debe estar empapado de ternura y de afectividad, pero además la persona amada debe reunir ciertas cualidades de atracción, variables según las normas éticas, so-

ESSAVENON[®]

GEL



**Acción terapéutica local sin efecto general
y directo sobre la coagulación y sobre la
circulación.**

Fórmula 100 grs. contienen:
Escina, 1 g.; Heparina sódica, 10.000 U.I.; Fosfátidos con
predominio de ácidos grasos insaturados, en especial ácidos
linoléico -aprox. 70%- y linolénico, 1 gr.

Forma farmacéutica
Gel

Modo de empleo
Aplicar en la zona afectada 3 a 4 veces al día, extendiendo sobre
la zona.

Indicación terapéutica
Insuficiencia venosa local, traumatismos, hematomas.

Contraindicaciones
Ulcus cruris, heridas abiertas.

Incompatibilidades
No se conocen

Efectos secundarios
No se conocen

Presentación
Envase con 40 grs.

P.V.P.
114'50 ptas.



INFAR  **NATTERMANN**

Apartado 400 - Zaragoza
Infanta Carlota, 84 - 88
Barcelona - 15

PREMIO POAL DE REUMATOLOGIA

El Instituto Poal de Reumatología convoca concurso para el II Premio Poal de Reumatología, que con carácter anual se otorga de acuerdo con las siguientes bases:

1. El premio está dotado con la cantidad de 100.000,— pesetas.
2. Podrán concurrir al mismo todos los médicos españoles.
3. Aunque podrán optar al premio toda clase de trabajos, se dará preferencia a los que traten aspectos de divulgación, prácticos, humanos, sociológicos y epidemiológicos de la reumatología que influyeran o puedan influenciar el bienestar presente o futuro del paciente reumático.
4. Los trabajos pueden ser inéditos o haber sido presentados o publicados dentro del período 1975-76.
5. Los trabajos deben ser entregados en la secretaría del Instituto Poal de Reumatología, Plaza Equilaz, 14, Barcelona - 17, antes del 31 de diciembre de 1976, por cuádruplicado, en sobre cerrado con lema y plica.
6. La adjudicación del premio se hará por un Jurado constituido por:
Sr. Presidente de la Sociedad Española de Reumatología.
Sr. Presidente de la Liga Reumatológica Española.
Sr. Presidente del Colegio de Médicos de Barcelona.
Sr. Decano de la Facultad de Medicina de Barcelona.
Sr. Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Sr. Director del Instituto Poal de Reumatología.
7. El fallo del Jurado será inapelable y se comunicará al ganador por correo haciéndose público en la prensa médica profesional.
8. Si a juicio del Jurado ningún trabajo tuviera la calidad necesaria para hacerse acreedor al premio, podrá declararlo desierto, destinando las 100.000,— pesetas a incrementar el premio del año siguiente.
9. La entrega del Premio se hará en una sesión especial en el Salón de actos del Instituto Poal de Reumatología, dentro del mes de febrero de 1977, coincidiendo con los Cursos Internacionales de Reumatología.
10. El Instituto Poal de Reumatología se reserva el derecho de publicar en órgano idóneo todos o algunos de los trabajos presentados.

ciales o religiosas y las modas propias de cada civilización, que constituyen un ideal personal que es expresión y modelo de la propia forma de ser del que se ama.

La fuerza de atracción amorosa es tanto más enérgica cuanto más profundo es el desnivel de la personalidad de los individuos que se encuentran frente a frente. La individualidad —según palabras de Marañón— es el secreto del éxito en el amor. Cuando las gentes se extrañan de que tal mujer de belleza muy relativa o que tal hombre de apariencia vulgar o de edad madura o sin brillo social sean famosos triunfadores en el amor es que olvidan que en la densa atmósfera del espíritu humano se produce siempre el espejismo de la «fata Morgana». Veamos uno entre los innumerables ejemplos que la historia y la vida nos ofrecen y que tomo de Ortega Gaset:

Hacia 1793 había muchos hombres en Europa, pero el hombre más hombre que había entonces era probablemente el almirante Nelson. Visto de lejos, Nelson era Neptuno. Visto de cerca era muchas otras cosas: un hombre pequeño y duro de gesto, áspero como una valva de marisco, con alma sombría y tempestuosa de tritón inglés. Un ser en plena madurez, que no necesita vivir de poesía, que la detesta y se la sacude como el polvo del camino. Antes de vencer en Abukir a la flota de Bonaparte recaló en la bahía de Nápoles y pasa a la Embajada in-

glesa, donde es recibido por el embajador sir William Hamilton. Nelson es presentado a la embajadora y por primera vez en su vida el tritón se siente mordido por un poder indefinible.

Pero, ¿quién era esa lady Hamilton? Por aquel entonces era una mujer gentil, sin ser una gran belleza, esposa de un embajador de Su Graciosa Majestad Británica e íntima amiga, demasiado íntima amiga, de la reina napolitana María Carolina, hermana de María Antonieta, que ha engendrado ya dieciocho hijos y aún reserva fuego para amar a esta inglesa. Pero, ¿quién era antes esta mujer? Pues bien, era la querida del sobrino de Hamilton, del caballero Greville, que la traspasó a su tío. Y, ¿quién era antes de este antes? Una humilde criadita, hija de una cocinera y luego la asistente de un curandero itinerante.

¿Por qué dos grandes valores humanos, Hamilton y Nelson, aman tan intensamente a una mujer coqueta, derrochadora, casquivana, lujuriosa, sin nobleza ni talento?

Emma Hamilton, he dicho ya, era gentil y bonita, pero no una «belleza oficial» de la que sólo se enamoran los tontainas. Tampoco debemos suponer que el amor de Hamilton y de Nelson naciera del apetito sexual. Pero, entonces, ¿por qué? Porque los hombres inteligentes y valiosos sienten un poco de repugnancia por la mujer talentada, como no sea que ella se compense del exceso de razón con un exceso de

sinrazones. Pero tan falso es suponer que al varón egregio le atrae la mujer muy lista, como la otra idea de que las mujeres se sienten atraídas por un cuerpo apolíneo. El hombre feo, pero inteligente, sabe muy bien que a la postre tiene que curar a las mujeres del aburrimiento contraído en sus «amores» con los hombres guapos.

EL MATRIMONIO

Uno de los momentos más críticos, quizás el más trascendental de nuestra vida, es aquel en el que hombres y mujeres cambiamos la libertad y la despreocupación de la soltería por la existencia llena de obligaciones y problemas del matrimonio.

¿Qué es lo que nos empuja a esta variación esencial y muchas veces definitiva en el rumbo de nuestra vida? La respuesta es sencilla. Nos casamos por simple enamoramiento, por amor o por conveniencia.

El simple enamoramiento es una pasión que, al decir del conde von Keysserling, es la peor consejera del matrimonio. Pero, no caben exageraciones, ya que el enamoramiento puede ser el preludio de un amor, de un amor inmaduro que en el devenir del tiempo quizá se convierta en amor genuino, cuando los esposos, en su nuevo hogar, alcancen el recogimiento, la paz y la seguridad que pueden proporcionarles unos hábitos y unas costumbres estables.

Pero ni el placer sexual, ni el compartir un mismo techo, puede promocionar el amor en las parejas que se casaron simplemente enamoradas y no han alcanzado la plena madurez, meta final de un largo proceso que se inició en la infancia, ha ido forjando y fijando nuestra propia individualidad y que, después del encuentro de dos personas de sexo opuesto, puede fructificar abundantemente en el matrimonio. En este caso, el enamoramiento se ha transformado en verdadero amor y la vida del hombre y de la mujer dejan de ser individuales para hacerse conjuntas. Esta «nostridad», en palabras de López Ibor, es la que da sentido a todo lo que se ejerce en la vida conyugal, desde la cohabitación y la sexualidad, hasta la propia espiritualidad del matrimonio.

Unos pocos se casan algo más que enamorados. Se casan queriéndose, condición espiritual que, como antes he señalado, es volitiva y activa. De esta voluntad de amar, a la elección adecuada y a la conveniencia sólo hay unos cuantos pasos. Cuando, a fines del siglo pasado, comenzó a divulgarse la obra de Schopenhauer «Die Welt als Wille und Vorstellung», en la que, entre otras cosas, se propugna el matrimonio por conveniencia como ideal para los fines de la unión, se despertó un coro airado de protestas. La marea contestataria alcanzó su pleamar en España cuando nuestro Marañón divulgó e hizo suyas estas ideas del filósofo de Dantzig: «¡No hay más matrimonios le-

gítimos que los inspirados en el amor!», clamaron nuestros fariseos, con voces y aspavientos y reaccionando así contra sus propios pecados. Porque, ciertamente, cuando un hombre persigue sin templanza una pasión o un vicio es seguro que los lleva dentro escondidos y rebeldes. Sólo cuando las pasiones han sido superadas por el propio reconocimiento se adquiere la tolerancia para juzgar a los demás.

Lo que importa es saber elegir y amar a una persona adecuada a la propia personalidad del que elige y ama. Y esta conveniencia es mucho más, muchísimo más, que la simple apetencia de un bienestar económico: comprende una porción de factores espirituales, éticos, sociales y físicos, que no puedo analizar ahora, pero que todos se reducen en la necesidad de poner menos instinto y más reflexión en la elección de la pareja.

La convivencia matrimonial, este vivir y convivir y cohabitar, puede convertirse en rutina que acabe por oxidar todo lo que podía haber de fresco, de atractivo y de dulce en el transcurrir vital de muchas parejas. Sólo quedan la cohabitación, la coexistencia y la sexualidad, pero se pierden la integración y la intimidad armoniosa. De ahí a la desavenencia, a las situaciones conflictivas y a la separación, como nueva experiencia, sólo hay un paso. Y ello así ocurre porque, como se ha dicho con razón muchas veces, no hay enemigo más fuerte del amor que la

costumbre. Un hombre y una mujer que se aman necesitan renovar continuamente los motivos externos de su mutua atracción para que ésta perdure: la conmemoración de un aniversario, cualquier pequeña atención, las ausencias temporales, las riñas y las reconciliaciones inmediatas son los medios de renovar el poder de atracción y de luchar contra la línea recta del hábito que todo lo anquilosa o lo aniquila. Tan sólo, gracias a estos subrefugios se logra, lo que André Maurois llamaba, la recristalización del amor y la persistencia del amor monogámico, cuando el milagro de su perduración se alcanza; a no ser, y esto es mucho más raro, que la vida sentimental y psíquica de la pareja sea lo bastante frondosa como para encontrar en ella misma, por encima de los centros de atracción externa, motivos de un siempre renovado interés.

La vida matrimonial tiene otro aspecto importantísimo, absolutamente fundamental. La expresión física del amor es el acto conyugal, pero, por designios de la Providencia, es también un acto potencialmente procreador, que, de realizarse, completa la madurez psicofísica de la pareja. Pero mientras el hombre sólo acepta de un modo muy secundario y bastante a la larga su papel de procreador, la mujer desea constantemente y profundamente ser madre desde los orígenes. Ahora bien, la presencia del hijo en las entrañas de la esposa inaugura la disposición

paternal del hombre, de forma tal que el marido empieza a sentirse padre antes del nacimiento del hijo. Dar a luz, poner al mundo a un hijo, es un momento de dolor y de desamparo para la esposa que agradece infinitamente la compañía, el consuelo y el ánimo del marido, cuya paternidad aparece conjuntamente con la maternidad de ella. El nacimiento del hijo une más a los esposos, les da la plena madurez y les aúpa a una situación más elevada, la de padres.

La madurez también puede manifestarse en la renuncia a la vida sexual y al matrimonio. El celibato por vocación interior y propósito decidido no significa una vida estéril, ya que dicho estado puede constituir la plenitud de una vida dedicada al prójimo. Ya que el matrimonio no es una institución primariamente sexual, tampoco cabe considerar al celibato religioso como una actitud sexual negativa, sino que ofrece un ejemplo de madurez humana en las difíciles circunstancias actuales de un ambiente sexualizado y erotizado, que aviva nuestra fe en el dominio del alma sobre la dinámica de los instintos.

LA DISCORDIA CONYUGAL Y LA CRISIS DEL MATRIMONIO

Ya me he referido antes a algunas situaciones conflictivas producidas por la crisis del amor. Quiero insistir sobre el mismo tema y, en con-

creto, acerca de otros motivos de desavenencia, discordia e incompatibilidad que a menudo dan al traste con la paz conyugal o, cuando menos, pueden ponerla en trances difíciles.

Sin ser sociólogo, moralista o psicólogo, sin ni siquiera ser docto o simplemente virtuoso, por mi sola razón de oficio y al igual que otros médicos, me he visto muchas veces ante este hombre o aquella mujer que acuden en busca de consuelo a su angustia y de un consejo sobre el mejor camino para recuperar la paz perdida. Estas situaciones de tensión suelen deberse a uno o ambos cónyuges, a los hijos o a la actuación de personas o factores ajenos al matrimonio. He ahí las situaciones que con más frecuencia he topado:

Algunas personas son totalmente incompatibles con el matrimonio, a pesar de lo cual y casi siempre a sabiendas se casan. La discordia conyugal estalla inmediatamente después de la unión, salvo que él o ella tengan el fuste de un santo y la paciencia de un Job. Pertenecen a este grupo los grandes desequilibrados, los alcohólicos, los drogadictos, los homosexuales exclusivos y los individuos con defectos anatomo-funcionales que impiden la consumación del acto conyugal. En la mayor parte de estos casos la situación no tiene remedio. Hay que deshacer lo que malamente se hizo y en último extremo apoyar a la víctima y reforzar su paciencia.

En otras situaciones, la incompetencia matrimonial puede no ser tan grave y absoluta y en este grupo encontramos a los individuos, cuya evolución psicosexual se ha detenido en una de sus fases, llegando al matrimonio en cualquiera de los períodos de inmadurez, tales como en el estadio narcisista-onanista, homosexual o donjuanesco. La discordia surge temprano, cuando la detención evolutiva es total y precoz, o después de más tiempo, cuando la esposa se entera de los devaneos poligámicos del marido.

Algunos matrimonios llegan a situaciones de crisis debido a la actitud mental de un cónyuge que no existiría a no ser por el carácter del otro. El o ella pueden tener una personalidad difícil, ser autoritarios, irritables, regañosos o simplemente fastidiosos. El otro, lejos de reaccionar con tacto, paciencia o amor, deriva hacia el abandono afectivo y con un comportamiento igual o muy similar. No tardan entonces a saltar las primeras chispas que desencadenan el incendio de las grandes querellas.

En muchos casos, en la inmensa mayoría de casos, me atrevo a decir, ninguno de los dos esposos, son enteramente culpables de la desavenencia. La causa, especialmente entre las parejas jóvenes, suele ser la intromisión en la vida doméstica de algún miembro de la familia. Por lo general, suele ser la madre de él o la de ella quien, adoptando una actitud de mártir, pregona a quien quiere

escucharle que ha sacrificado su vida en aras del cuidado y de la educación de un hijo que luego ha caído en manos de un desaprensivo, que no le quiere y le da un mal vivir. En otras ocasiones, la entrometida fomenta una actitud de dependencia, menosprecia al «intruso» y le hace objeto de odiosas comparaciones.

Las dificultades financieras, tanto las agudas como las crónicas, son otra causa bien conocida de tensión matrimonial. Los efectos de la adversidad económica suelen agravarse si uno de los cónyuges tiene una personalidad exigente, resentida o inestable o bien cuando la crisis económica se debe a la irresponsabilidad social de un marido haragán, mujeriego, jugador o bebedor.

Finalmente, el nacimiento de un hijo que los matrimonios armónicamente unidos aceptan como una bendición del cielo, puede ser una causa, casi siempre pasajera, de tensión. Las dificultades surgen cuando el marido emocionalmente inmaduro se siente postergado en favor del niño, imaginando o creando una situación competitiva con el hijo en cuanto al amor de la esposa.

¿Qué podemos hacer los médicos para recomponer lo que se nos presenta como crítica descomposición? No nos corresponde soltar a él o a ella un sermón de moralista; no podemos contestar que quizá se faltó a las leyes naturales, sociales o divinas. Debemos, desde luego, hacérselo ver cuando sea el caso, pero

unido siempre a un consejo cordial y, si es posible, a un remedio digno y certero. Debemos aconsejar con caridad y generosidad, incluso en el aspecto monetario, puesto que esta actuación profesional del médico jamás debe ser motivo de estipendio.

EL CLIMATERIO Y LA INVOLUCION

Pasan los años de la madurez y tanto hombres como mujeres se ven afectados por una situación de declive que constituye la *edad crítica* por excelencia. Su comienzo y extensión suelen ser muy variables: entre los 55 y los 65 años en el varón; entre los 45 y los 55 años en la mujer.

La renuncia a la sexualidad que domina la psicología de esta fase vital ni se desea ni suele ser aceptada. La naturaleza la impone brutalmente. Además, la función psico-sexual, como todas las funciones fisiológicas, sufre, antes de desaparecer, una suerte de exaltación, de recrudescimiento final que, especialmente en el varón, sobrevive bastante tiempo.

Por lo que atañe a la mujer, hay que distinguir entre *menopausia* y *climaterio*. La primera es el cese de la menstruación, que no significa necesariamente el fin de la vida sexual. El climaterio o «edad crítica» es el conjunto de fenómenos de índole general que acompañan al declive sexual y que pueden iniciarse antes de la menopausia.

Decía anteriormente que la transformación de una niña en una mujer se efectúa a través de tres fases seriadas: la prepubertad, la adolescencia y la nubilidad. Ahora bien, en el proceso involutivo, la mujer recorre asimismo tres fases que representan el camino inverso al que siguió en su maduración. Pasados los 40 años comienza a reducirse la capacidad de fecundación; la mujer sigue presentando sus ciclos, pero algunos son anovulatorios y pronto se tornan irregulares; nos hallamos en la premenopausia, inicio de la esterilidad fisiológica y definitiva. Entre los 45 y 52 años las reglas cesan por completo y la mujer entra en la menopausia. En el período posmenopáusico se acentúan los fenómenos involutivos, las glándulas sexuales quedan inactivas y el organismo se adapta a la nueva situación.

La mujer, coincidiendo con la menopausia, a veces un poco antes, puede sufrir una serie de trastornos generales, entre los que, las sofocaciones son los más llamativos. Experimenta una sensación de calor, más o menos violenta, que corre por su cuerpo como una ola que sube hasta la cabeza. Estas crisis pueden durar sólo unos segundos o varios minutos, presentarse esporádicamente o repetir numerosas veces en el transcurso del día, suelen acompañarse de palpitaciones y sensación de angustia y terminar con una gran transpiración.

Frecuente, pero no constante, es la tendencia al engrasamiento que

pueden llevar a una franca obesidad, especialmente en las mujeres bajas, que han tenido muchos hijos y que llevan una vida sedentaria.

Los órganos sexuales externos e internos tienden a atrofiarse y a la postre aparecen algunos signos de masculinización, como si toda la mujer, al término de su vida sexual, se debilitara en su feminidad brotando de entre sus ruinas los indicios de una soterrada virilidad.

En la época de transición que representa el climaterio, la naturaleza despoja a la mujer de sus dos características fundamentales: la maternidad y el poder de seducción. Por otro lado, los hijos, por ley natural, se independizan progresivamente, prescinden de la madre y todo lo que de ella solicitan se reduce al simple quehacer doméstico. El marido suele haberse situado en la cima de su promoción social, su trabajo y su responsabilidad se han multiplicado, su mente está repleta de problemas, puede que sienta los zarpazos de la «manager disease» y comienza ya a acecharle el fantasma de su propia involución. La madre y la esposa se siente entonces abandonada, profundamente sola. Forzosamente todo ello tiene que motivar profundas repercusiones psíquicas, pero sumamente variables de una a otra mujer. Unas caen en un estado de apatía, de indiferencia y de negligencia hacia ellas mismas, la familia y el hogar, salpicado por reacciones de angustia o de depresión neurótica. Las más adquieren una

inestabilidad del carácter y del humor, una emotividad exagerada y una ansia de actividad. En otras mujeres, como ya señalaba Maraño, la decadencia física de la materia tiende a compensarse por la maduración completa de las virtudes afectivas e intelectuales, con una renovación total de su vida y el pleno desarrollo de su energía y facultades, de tal forma que bien puede decirse que muchas mujeres célebres por su obra creadora parecen haber venido al mundo después de los 40 años.

En el período climatérico son también frecuentes las alteraciones de la sexualidad. Ya he dicho que algunas mujeres tienen una exacerbación de la libido. Reaccionan como si se les escapara el último tren, a menudo se sienten insatisfechas dentro de una vida matrimonial normal, derivan a las fases regresivas del impulso sexual o bien la situación conflictiva creada por la imaginación, las viviendas, el deseo y la realidad les lleva al borde de la neurosis y el delirio. Arquetipo de ficción de estos casos sería Mrs. Caldwell —romántica, cachonda y algo majarreta— heliconde inspiradora de algunos pasajes de esta charla.

En la otra vertiente se encuentra la mujer que experimenta una disminución gradual de su apetito sexual, siguiendo la ley biológica según la cual a la involución de un órgano debe seguir la abolición de su función. Estas son las mujeres que han conseguido, a través de un amor íntegro, un matrimonio feliz y una vida

sexual satisfactoria y que, madres de sus hijos, al llegar a esta «edad crítica» tienen conciencia del cumplimiento de su misión en esta vida. A ellas, y al venturoso recuerdo de su periclitada juventud cabe aplicarles la dulce poesía de Clementina Arderiu:

«Ja no sóc la donzella poruga
que cerca l'espluga
per fer-síhi un caliu:
sóc la dóna que es sent tota forta
al pas de la porta
i guaita i somriu.»

¿Existe el *climaterio viril*? Al no disponer aquí de un signo tan capital como es la menopausia, y siendo la *andropausia* más tardía y de más lenta evolución se ha puesto en duda la existencia de una edad crítica en el varón, máxime cuando todos sabemos de paternidades seguras en hombres que han sobrepasado los setenta años. Se dice que Thomas Parr, un inglés que vivió entre los siglos xv y xvii, que falleció a los 152 años y que fue conocido como el «the old, old, very old man» o con el sobrenombre de «grand old Parr» que, para festejar su cien aniversario fecundó a una muchacha virgen. De los tiempos actuales, menos proclives a la fabulación, tenemos el informe de Master y Johnson en el que se habla de octogenarios que conservan un cierto margen de potencia sexual. Sin embargo, más tarde o más temprano se manifiesta la insuficiencia testicular y con ella el

ocaso de la sexualidad y su definitiva disolución. El »gerontino« —en expresión de Piulachs— pasa lentamente, casi sin darse cuenta, a «geronto».

La mayor parte de hombres llegamos a esta «tercera edad» sin graves repercusiones fisiológicas, adaptándonos y resignándonos a la nueva situación. Pero en algunos subsiste, una sexualidad puramente cerebral, a veces hipertrófica. Esta sexualidad a menudo se revela en sentido regresivo, cuyo paradigma es el «viejo verde» que satisface su lujuria patológica comprando los favores sexuales de la juventud o con formas degradadas, indecentes y groseras, tales como la pedofilia, el «voyeurismo» o la homosexualidad.

Pero tanto o más importantes que las modificaciones sexuales lo son en esta época las que afectan a la personalidad y provocadas, al menos en gran parte por el empuje de la generación más joven, que expulsándolos de la vida activa y ocupando su lugar contribuye a hacerlos viejos. Dice Jean-Paul Sartre que el antisemitismo crea y mantiene la conciencia de ser judío; el hombre en su «tercera edad» adquiere la conciencia de viejo porque se la imponen los más jóvenes. Es la *crisis de la jubilación* de los hombres de más de 60 años que ya no pueden hacer lo que pueden los jóvenes, pero *podrían hacer mucho más*, si no se les arrojara, a veces brutalmente, de la vida activa.

La suspensión de la actividad laboral hace continua la presencia del

marido en la casa, que, sin tener nada que hacer, es un estorbo para todos. Los mujer, gracias a la virilización posclimática, aumenta su energía, toma las riendas del hogar y asume la autoridad a medida que regresa la del marido. De la «falocracia» con dominio, a veces dictatorial y absoluto, del varón suele pasarse a una situación de «cunnuscracia» y la familia se convierte en un patriarcado. El hombre, sin embargo, siempre debe comenzar a vivir una nueva esperanza y la ausencia de sexualidad nunca debiera empañarle la alegría del vivir y la plenitud del amor. Pierre Ronsard, ya anciano, sordo y valetudinario, pero siempre amante de las cosas de la vida, decía en uno de sus sonetos:

«Un homme n'est point veil s'il ne
[le croit ainsi,
Veillard n'est qui ne veut.»

Sólo es viejo el que quiere serlo.
Para amar el tiempo nunca cuenta.

HACIA LA PLENITUD DEL AMOR

Para alcanzar la plenitud del amor, para amar entrañable y perdurablemente, hay que llevar los límites del amor más allá de la especie humana, hasta donde termina todo lo que en el entorno nuestro visiblemente alienta. Para amar de verdad hay que amar todo lo que vive, hay que amar a la Creación y ello no es po-

sible sin amar por encima de todo y antes que todo al Creador.

Si alcanzamos esta plenitud de amor no nos asustará la *crisis final* de nuestra existencia, desde el dintel de su puerta, como Clementina, miraremos y sonreiremos, y con Joan Maragall podremos decir:

«I quan vinga aquella hora de te-
[mença
en que s'acluquin aquests ulls hu-
[mans,
obriu-m'en, Senyor, uns altres de
[més grans
per contemplar la vostra faç inmen-
[sa.
Sia'm la mort una major naixença!»

Debo terminar ya, con solicitud de perdón por haberos robado el tiempo y quizá también haberos distraído en vuestros deberes, ocupaciones o diversiones. Dada mi momentánea vena poética voy a hacerlo con el último tetrastrofo del «Libro del Buen Amor», del buenazo de Juan Ruiz, el arcipreste de Hita:

«Señores, hevos servido con poca sa-
[biduría:
Por vos dar solás á todos fablevos
[en jograría.
Yo un galardón vos pido: que por
[Dios en rromería
Digades un Pater noster por mi e
[Ave María.»

desde el dintel de su puerta, como Clementina, miraremos y sonreiremos.

II Parte

UN PELDAÑO QUE SOLO LA MUERTE AHORRA: EL CLIMATERIO

por CAMILO JOSE CELA
(De la Real Academia Española)

Etimológicamente, el climaterio es pariente del griego *klimakterikós*, escalón, peldaño, a su vez derivado del *klimads*, escalera.

Todos ustedes son testigos de que mi ilustre colega el doctor Josep María Cañadell (nadie se alarme de que, como tal, lo tenga; Josep María Cañadell es escritor, y hoy ocupe esta tribuna al doble título de escritor y médico) acaba de ponerme como chupa de dómine, de hoja de perejil o cual no digan dueñas: tienen ustedes una libertad absoluta para el diagnóstico. A veces a uno le zurren con talento, que es lo peor que pueden acontecer al zurrado, y ahora Cañadell, tras haberme llevado públicamente el pulso, sonrío con su más abierta sonrisa de triunfador. No ha de ser óbice lo sucedido, para que yo ensaye ahora la loa de su sabio criterio expresándole, no sin ciertas precauciones, mis disparidades.

Insisto en suponer que la menopausia no es más cosa que un cuadro sintomatológico y que la andropausia no pasa de ser una alarma, sin incidencia grave —ni la una ni la otra— sobre la vida amorosa del sujeto puesto que ambas pueden combatirse con el adecuado ejercicio de la actividad amorosa: la gran arma que el hombre —y la mujer, claro

es— esgrime contra el enmohecimiento de la herramienta o, lo que es peor, la abdicación del alma y de sus tres lustrosas potencias: la memoria del amor, que lo mantiene presente en todo momento; el entendimiento del amor, que lo desgrana día a día como las cuentas de un rosario sin fin, y la voluntad del amor, que le da gloriosas fuerzas cada mañana. El admirado maestro Gregorio Marañón, repetidas veces recordado aquí esta tarde, nos explica que la morfología masculina se acentúa hasta los mismos linderos de la vejez, y aun que hay hombres que en la vejez adquieren un aspecto de virilidad casi feroz. Pienso que es saludable esta paradoja.

El amor y el deseo de amor, como la virtud y el deseo de virtud, es algo que se mantiene por sí mismo y, para no sepultarlo, basta con no volver la cara y no renunciar jamás. El amor rejuvenece, mejor dicho, evita el rápido envejecimiento violento, y si no lo consigue, sí, al menos, mantiene la ilusión de la juventud. Párense ustedes a considerar que la especie humana, a diferencia de las demás especies animales, no ama tan sólo con el sexo y en aras de la procreación, sino que también ama con el alma (los románticos hubieran dicho que con el corazón)

y empujado por una rara fuerza que habita en el discernimiento. Se ama no a una mujer, o a un hombre por parte de una mujer, sino que se ama al amor, y la mujer amada por el hombre, o el hombre amado por la mujer, no son más cosa que el vehículo que hace posible la expresión de ese amor.

El sentido de posesión tiene poco que ver con la noción de propiedad, dado que la posesión también implica entrega y la linde entre ambas actitudes no siempre es fácil de señalar. Quiero decir que la expresión «la maté porque era mía», que el amante desairado expresa ante el juez, no es sino señal de un miedo: el miedo a la soledad que busca su refugio en la destrucción o la muerte: «o mía o de nadie» no es sino la palabra del egoísta erótico que jamás puede regalar felicidad al otro. Nadie olvide que el amor es un juego a dos, en el que ninguno puede distraerse. El solitario mozo ensimismado de que nos habló Cañadell, aún no había descubierto esta evidencia.

Cañadell distingue entre enamorarse y amar o, lo que es lo mismo, entre enamoramiento y amor. Discurramos con múltiples cautelas sobre tan movedizos arenales. El amor, tal y como es habitualmente considerado en nuestra cultura, constituye un hecho social e histórico del que pienso que no pueden obtenerse conclusiones generales e inamovibles. Posiblemente, el amor no es sino la elaboración intelectual del

instinto sexual, ya que parece indudable que contiene un componente psíquico que no aflora en el puro instinto. En cualquier caso, instinto y conocimiento del amor figuran ya unidos en las culturas que han alcanzado un cierto grado de complejidad y que han añadido a los rituales y ceremonias en torno a la iniciación sexual y la procreación, variantes más numerosas y depuradas que las primitivas. El concepto de amor ha entrado ya a formar parte de la actividad del hombre, y las teorías que disocian el amor de la sexualidad, defienden lo indefendible puesto que el amor parte siempre del supuesto físico que constituye su superestructura.

El amor está en los albores de todas las mitologías. Entre los egipcios, el Ser Supremo estaba representado por Apis, el buey que se fecundaba a sí mismo; Ken, el engendrador, y Hactor, la diosa receptiva. Los asirios tenían al amor por esposo de Taanth, el caos, y la diosa Nisroch presidía los matrimonios. El Baal fenicio también se autofecundaba, y el elemento femenino del amor lo representaba Astarté, mientras que Moth, el embrión del mundo, nace de la unión del espíritu con el deseo. En la India, Shiva es el origen de la generación, y las representaciones del Yoni y el Lingam son los principios femeninos y masculino. Los griegos tenían a Eros, el hijo de Afrodita, como divinidad del amor físico, y a Himeros, del deseo, que en Roma corresponden a Amor y Cu-

pido. En la Biblia, Dios crea al hombre «a su imagen y semejanza» y, aún más, considera luego que no es bueno que el hombre esté solo y le da una compañera. Para los hindúes, el Ser lanzó su grito «si yo fuera muchos» y el deseo engendró el mundo. Los filósofos presocráticos griegos elaboraron también sus nociones teológicas del amor, y así Empédocles asocia Dios y amor, que es la fuerza que une, siendo Dios la unidad. Anaxágoras añade que ese amor fue introducido por el pensamiento, y que nos libera de la ignorancia. Platón elabora un concepto que luego será recogido y deformado por el Renacimiento para llegar con su nombre, amor platónico, pero con otro muy dispar sentido, hasta nosotros. Según Platón, amar es desear lo bello, desear unirse a la perfección que, entre los helenos, era noción semejante al de la belleza. La inteligencia, sin amor, no actuaría. El amor del ser por la perfección le conduce a desear lo perfecto en donde esté, y ese proceso lleva al ser a la necesidad de unirse con el otro ser, tendiendo a disolverse en él; esa perfección no es objetiva, sino sentida como tal por el que ama e independientemente de su realidad, es decir; subjetiva. Aristóteles incluye la idea de actividad, de que el amor nos hace felices en tanto en cuanto obramos, y así advina ya en él al pilar de la familia, su fundamento. Epicuro distingue entre apetito, que es necesidad que dimana de la naturaleza y a la que

conviene satisfacer, y pasión, que es producto de la imaginación y por tanto rechazable. Entre los estoicos, el amor, derivando de la belleza conduce a la amistad. En la vida social el amor, tanto en Grecia como en Roma, fue una actividad exclusivamente masculina y de la que se excluía a la mujer, relegada al mero quehacer doméstico; las heroínas que nos han llegado a través de la literatura suelen estar presas de sentimientos excesivos, superiores a ellas, fatales, y que son la resultante de un destino que rige los acontecimientos sin apelación y que las impulsa a actuar sin que puedan siquiera explicarse sus actos al margen de este mismo destino y esa igual fatalidad. El amor queda para el mundo de la belleza visible, para el ágora, los gimnasios, los campos, y se rinde culto a la fuerza armónica, a la virilidad, a la agilidad, a la constancia, a las virtudes masculinas en general; el amor entre varones está tal vez más cerca de la amistad que de otra cosa, pero reemplaza muy frecuentemente al amor heterosexual. La primera imagen literaria que nos llega de una intuición del amor como hoy lo entendemos nos la transmite Virgilio, presentando a Dido, reina de Cartago, turbada por sus sentimientos. El cristianismo parte de una síntesis de las tradiciones grecorromana y hebrea, e introduce el concepto de amor griego y religioso activo, en cierta manera aristotélico, en toda su concepción del mundo, creado y regido por el amor

no sexual. La mujer es el núcleo de la familia y merecedora, en cuanto madre, del amor del hombre, y adquiere así un lugar más cercano a él en el conjunto social.

El amor como sublimación absoluta de la sexualidad adquiere su preponderancia en la Baja Edad Media, en la época de los trovadores, de los caballeros andantes y de los poetas renacentistas cultos, como el Dante o el Petrarca, creadores de ese amor platónico en el sentido en que ha llegado hasta nuestros días. El amor real, la relación entre hombre y mujer, la sexualidad e incluso el matrimonio, venían naturalmente subsistiendo —y así habrían de seguir— con independencia de tales formulaciones ideales, pero el concepto nace y crece con tal fuerza que acaba por imponerse en la ideología occidental hasta convertirse en dominante y obligar a su reelaboración científica en este siglo.

Las novelas de caballerías y los poemas de los juglares nos hablan de un código del amor que supone una variación notable en el estatuto de la mujer. Aun cuando, una vez casada, sigue estando la mujer sujeta a la voluntad y disciplina del marido —y antes de casarse a la del padre—, adquiere una nueva dimensión en sus relaciones con el hombre quien, para conquistarla y amarla, se convierte en su servidor y súbdito, además de en su protector y vigía. Sin embargo —y en general— el caballero que servía a la dama no

era el marido, sino un joven casi sin esperanza de poder conquistarla físicamente pero que se sometía a toda clase de pruebas para probar su afecto, poniendo su ingenio, su valor y su fuerza en la empresa y llegando hasta sufrir las mayores humillaciones, si se le pedían, y la rendición absoluta. Esto supuso un notable cambio en la consideración de la mujer que, desde entonces, pudo imponer al hombre una línea de conducta hacia ella y una actitud de respeto y fidelidad, inimaginables antes. En este instante la mujer pasa de considerarse como un mero objeto de deseo, a convertirse en un ser interesante e incluso adulado.

Esta situación —procede aclararlo— se reducía a las damas pertenecientes a las clases altas, especialmente a la nobleza, y habrían de pasar siglos antes de que llegara a extenderse a la mujer del pueblo. El amor no era para todos, ni resultaba conveniente que así fuera. En el tratado *De amore*, de Andrea Capellanus, se lee: «Apenas puede acontecer que los trabajadores practiquen la caballería del amor sino que, como el caballo y el asno, tienden naturalmente al acto carnal según el movimiento natural demuestra. Les bastan la continuada fatiga de labrar los campos y los entretenimientos del pico y del azadón». Y aclara: «Si alguna vez sucede que, fuera de su naturaleza y por excepción, sintiesen el amor, no conviene instruirlos en la doctrina amorosa».

El Renacimiento elabora la ya alu-

dida teoría del amor platónico, el amor idealizado o imposible que prescinde de cualquier suerte de relación carnal. Esta sublimación encubre, quizá, determinadas anomalías psicosexuales; nótese que el Dante escribe la *Divina Comedia* en honor de su Beatriz, a la que había visto cuando tenía diez años y con la que jamás tuvo trato alguno. De estas ideas, entremezcladas con las caballerescas, nace el concepto de la galantería que pervivió, al menos, hasta el siglo XVIII. No debe olvidarse, sin embargo, que la época renacentista nos ha legado otros ejemplos literarios en los que se nos transmite un concepto muy diverso del amor, más próximo al que Andrea Capenaus atribuía a los campesinos y, probablemente, más real y generalizado entre el pueblo; los *Cuentos de Canterbury*, de Geoffrey Chaucer, el *Decamerón* de Boccaccio o el *Libro de buen amor* del Arcipreste de Hita, ofrecen un mundo amoroso mucho más sensual, erótico y verdadero, y mucho más apegado a la verdad de la vida de los hombres y las mujeres. La época de la gantería también conoce otra vertiente de la sublimación del instinto sexual en las formas del amor místico, que mezcla la pura contemplación y el éxtasis con prácticas sexuales encubiertas en doctrinas esotéricas. No hacen excepción las teorías y prácticas de los libertinos que, en cierto modo, son el último estadio de esa antítesis amor-sexua-

lidad vista a la luz del racionalismo que se impone durante el siglo XVIII.

El romanticismo aparece a finales de ese siglo reaccionando contra las normas de orden racional y propugnando la primacía absoluta del sentimiento de la pasión desmedida y sin fronteras; no era nueva del todo esa actitud, pero las ideas anteriores sobre la necesidad del amor absoluto, del «amar demasiado para amar bastante», cobran con ella nuevas fuerzas. La situación entonces estrenada lleva a la exaltación del individuo, definitivamente dueño de sus sentimientos y acciones, y coloca a la mujer en un lugar privilegiado y en el eje de toda la atención del hombre. La revolución burguesa sitúa a la mujer en mejores condiciones legales y, aunque esa situación de derecho no siempre tuviera su reflejo en la ley y menos aún en la vida, el matrimonio empieza a ser posible por amor y no por imposición paterna o por contrato, y el encierro en los conventos retrocede como fórmula de castigo para la mujer desobediente. El ideal romántico, posibilitado por el nuevo orden, pero todavía difícil en la práctica, se convierte en materia de ensoñación poética y novelesca, y la noción de amor absoluto y eterno pervive hasta entrado ya el siglo XX, pese a no haber correspondido nunca a una realidad social (o tal vez por eso). El amor romántico va unido a la idea del abandono de la vida anterior, de la ruptura con las convenciones y los lazos, de la tragedia

vivida, del frenesí y, en su esencia, no pasa de ser un amor literario que sólo vive en las páginas de los folletos y los libros de versos. La apasionada historia del amor romántico sirve para hacer más llevadera la monotonía de la vida burguesa y también la dureza de la vida proletaria en la naciente sociedad industrial. La aparición de esta forma de vida y las nuevas relaciones sociales que comporta, hacen que comience a existir por primera vez un mismo concepto de amor en todo el bloque social, esto es, que se universalice.

El siglo xx introduce nuevas ideas y actividades ante el amor y la sexualidad y origina una notable ruptura con los períodos anteriores, especialmente después de la primera guerra mundial y el progreso de las ideas socialistas, institucionalizadas ya en un país tras la revolución rusa, situación que supuso un fuerte cambio en el desigual equilibrio de fuerzas de las sociedades desarrolladas. El creciente acceso de la mujer a la práctica de unos derechos cada vez más amplios y la lucha por esos derechos y todos aquellos otros que pudieran conducir a una igualdad definitiva entre los sexos —igualdad posibilitada aún más recientemente por las innovaciones tecnológicas en el campo de los métodos anticonceptivos— han originado modificaciones sustanciales en las relaciones amorosas e incluso en su mismo concepto. Ya en el siglo xix algunos autores habían desarrollado, e incluso llevado a la práctica, teorías sobre

relaciones distintas a las imperantes, generalmente en el marco de experiencias de tipo socialista o comunitario, como Fourier, Owen o Cabet, pero hasta finales de ese siglo y principios del xx no se estudia sistemática y científicamente el tema. A partir de Havelock Ellis y Freud el amor aparece como consecuencia del sexo e imposible de ser disociado de él, y los frecuentes casos de disociación —cuando aparecen— se explican como anomalías, represiones o sublimaciones. La sexualidad cobra autonomía y puede manifestarse y estudiarse en sí misma, y el amor no es entendido sino en función de ella ya que, cuando pretende huir del instinto (el amor platónico), se supone que no hace más cosa que ocultarse a sí mismo. Las teorías fisiologistas consideran al amor como una intoxicación crónica progresiva por envenenamiento de las secreciones glandulares, y los casos de flechazo o enamoramiento repentinos —e incluso el enamoramiento en general—, se explican por el proceso de impronta sobre el psiquismo del individuo, en un momento biológico adecuado, a la manera que Konrad Lorenz ha estudiado en el instinto animal. Este razonamiento, con todo, deja un tanto en el aire problemas como el de la reciprocidad, la ruptura, etc., aunque explica la formación de peculiaridades o desviaciones sexuales y afectivas, dado que el individuo puede quedar «impreso» sobre cualquier otro, e incluso sobre objetos,

en el momento adecuado a la impresión que suele entenderse como el de la primera adolescencia.

En cualquier caso, la consideración actual del amor ha experimentado, científica y socialmente, muy notables variaciones sobre cualquier época pretérita, siendo sin duda las más importantes el reconocimiento de la sexualidad como factor imprescindible, válido y no pecaminoso, y la equiparación de derecho del hombre y la mujer extendiéndose hasta la órbita amorosa. El grado de aceptación social y práctica de estas normas de conducta varía notablemente, desde luego, de individuo a individuo y de grupo social a grupo social, y así, mientras en algunos países del área cultural judeo-cristiana —como España— no se reconoce legalmente el divorcio, en otros se sanciona normativamente la homosexualidad como relación amorosa si no recomendable, al menos tolerada por evidente. El adulterio —que no es un delito en sí, sino tan sólo una circunstancia— carece ya del significado que tuvo en otros tiempos, y hoy, en ciertos grupos humanos se tolera la promiscuidad, actitud que, probablemente, supone más un cambio de consideración ante los hechos que una modificación real en las conductas.

El amor ha venido siendo considerado de muy distintas maneras para el hombre y para la mujer, pasajero o accidental en el uno, y puro, altruista y de entrega total en la otra. El varón buscaba revivirse metafí-

sicamente en la procreación, mientras la hembra abrigaba el secreto anhelo de morir en la exclusiva entrega al varón o al hijo. La supervivencia del amor romántico, unida a la tradición patriarcal cristiana, condujeron a formulaciones en contradicción con la realidad aunque sólidamente ancladas en la ideología y en las costumbres y así se llegó a suponer que el hombre es fundamentalmente erótico y desea más que ama, mientras que la mujer es substantivamente amorosa y ama más que desea. También se admitió que el hombre es por instinto, polígamo y su mayor orgullo estriba en haber enamorado muchas mujeres, al paso que la mujer es esencialmente monóandra y su galardón es no haber tenido más que un amor en su vida. Se daba por buena la idea de que el varón no individualiza el amor a la mujer, y ve en cada una de ellas el universal femenino que se le rinde para reafirmarlo en su virilidad —violando, talando y destruyendo; obsérvese la ambivalencia del verbo *joder* en castellano—, y se admitía que era incapaz de salir de su masculinidad primaria sino mediante un proceso de superación moral e intelectual. La mujer, por el opuesto camino, individualiza lo masculino en todo lo masculino universal, dado que su feminidad se mide por su aptitud para saciar su sed en una sola fuente. La sensibilidad amorosa de la mujer —se decía— no se embota, como la del hombre, con la costumbre, sino que,

por el contrario, siente verdadera fobia por la novedad sexual. Toda esta forma de vida quizá no sea más que un conjunto de hábitos supervivientes de una situación social en trance de ser revisada a fondo.

Naturalmente, el amor y la sexualidad y sus innúmeras implicaciones, derivaciones y concomitancias, no han sido patrimonio excluyente de la antigüedad grecorromana ni de la tradición e historia judeocristianas, y tanto las culturas orientales como las de los pueblos primitivos de toda época nos ofrecen un interesante campo de experiencias, sin olvidar otra historia menos conocida: la de la heterodoxia de la tradición demoníaca y ocultista. En todos ellos es más difícil hallar la oposición amor-sexualidad, ya que siempre se presentan unidos ambos conceptos. Así, entre los mágicos y los herméticos, se cuentan por docenas los filtros demoníacos que conducen irremisiblemente al amor carnal; los pactos con el demonio para lograr el amor y la posesión de una mujer; los ángeles condenados por pecar con mujeres, lo que hizo que fueran arrojados a la Tierra, donde actúan como ministros del demonio, mientras sus hijos, que no son ni ángeles ni hombres, no pudieron siquiera entrar en el infierno (y de ahí las historias de incubos y súcubos), etc. Otra de las teorías del origen del amor, que puede adscribirse a la tradición ocultista, indica que al principio del mundo, como Platón creía, los hombres eran literalmente,

a la vez varón y hembra, con dos caras, cuatro brazos, cuatro piernas y dos sexos, pero se envanecieron tanto de su perfección que los dioses los partieron en dos y de ahí que cuando esas dos mitades se topaban, se unían indisolublemente y morían de hambre y sed por no soltarse, lo que acabó por ablandar a los dioses que, compadecidos, sustituyeron semejante abrazo por el amor tal y como se conocerá luego.

Agradézcانme, señoras y señores, el hecho de que para no abusar más de lo debido de su paciencia ni les haya aludido siquiera a las suertes cojitranças de amor: el amor a distancia, o exaltación ideal hacia el hombre o la mujer célebres, casi siempre encubridor de un miedo; el amor de adaptación al objeto amoroso, que puede devenir en neurosis al ver obscurecerse el propio yo; el amor ereos, que en el siglo xiv entendía el amor como un peligro público; el amor imaginario o ficticio o máscara del amor tras la que se refugia el desairado por otro amor; el utópico amor libre, tan grato a los oídos de la revolucionaria Alejandra Kollontai, hoy cantado por Kerouac y Ginsberg, los poetas de la *Beat generation*; el amor loco, de André Bretón, el penúltimo epígono del romanticismo; el amor pasional, sobre el que escribieron los folletinistas del siglo xix y, por último y entre tantos otros amores o pseudoamores que podrían llevar esta enumeración aún más allá, el amor platónico, que casi nadie en-

tiende a derechas y en su real significado.

La sabiduría y el buen decir del doctor Cañadell me han permitido expresar ante ustedes algunas ideas —como mías, en permanente estado de revisión— sobre ese fenómeno que llamamos amor y ante el que, queriéndolo o sin querer, nadie puede renunciar al papel de protagonista.

El hombre desea a la mujer como la rana con sed, la lluvia, se lee en el *Rig Veda*, uno de los libros de técnica amorosa de los hindúes. Esquilo nos dice que, quien nunca ha amado, no puede ser bueno. San Bernardo, con muy generosa palabra, nos alecciona: la causa de amar, es amar; el fruto de amar, es amar; el fin de amar, es amar; amo porque amo; amo para amar. Para el Dante, el amor mueve el sol y las demás estrellas. Lope de Vega afirma que esto de ser platónico y honesto más parece, que amor, filosofía. Para Baudelaire, el amor es un crimen que no puede realizarse sin cómplice. Y, según Marañón, muchas mujeres, por lo menos hasta muy en-

trada su vida, no pueden comprender que el amor sea una refriega física. Quizás aquí, en estas palabras, radique el huevo de muy complejos problemas cuyo estudio cae lejos, muy lejos, de nuestra atención de hoy.

Sólo me resta añadir media docena de palabras en elogio y defensa de mi llorada amiga Mrs. Caldwell. El doctor Cañadell la adjetivó de romántica, cachonda y algo majaretta. Pienso que todas las mujeres lo son, por fortuna y en mayor o menor grado, y de mí puedo decirles que, cuando una mujer no se me muestra con esas tres virtudes —el romanticismo, la cachondería y un punto de chifladura— bien a la vista, la dejo pasar de largo. Los gallegos, en nuestra humildad, las preferimos tal como Cañadell dibuja a Mrs. Caldwell, quizá porque —por egoísmo tanto como por respeto a la mujer— no propendamos a confundirla con la hembra doméstica, ese prodigio de malos humores y de acumuladas inutilidades, que además —y para mayor inri e ignominia— suele ser fea.